

Los míticos orígenes de la creación del mundo en Mesoamérica



MARÍA ANDUEZA

La creación del mundo, tema constante en los relatos prehispánicos mesoamericanos, nos revela el interés común de los pueblos de Mesoamérica por explicarse el misterio de los orígenes del mundo. Todos ellos coincidían en la búsqueda obsesiva de esos lejanos comienzos y no dudaban en atribuirlos a los dioses o a seres divinos. Así fue como enfrentaron el fascinante misterio de la creación de la tierra y el cielo, el mar y las estrellas. La relación creador y creación, artista y obra creada, alcanzó cimas sobrenaturales. Esta incipiente literatura oral mesoamericana se une a las cosmogonías más antiguas y se integra así a la gran experiencia religiosa de la humanidad.

Innumerables narraciones de la tradición oral mesoamericana fueron posteriormente recopiladas en textos coloniales del siglo XVI. Aunque la gran cantidad de relatos y sus múltiples versiones dificultan la sistematización, esto no nos impide percatarnos de que todos coinciden en *una misma fe en el origen divino de la creación del mundo*. El problema inherente a estas tradiciones es común al de las literaturas antiguas. Por ejemplo, la superposición de varios relatos es evidente. El compilador los organizó según los fue recibiendo, sin omitir ninguna de las tradiciones. El *Libro de Chilam Balam de Chumayel*¹ presenta cuatro versiones distintas del tema de la creación. El contenido es el mismo pero muy diferentes las formas de expresión en torno a una verdad divina arraigada en sus creencias desde muchos milenios atrás. También hay repeticiones, contradicciones, diferentes enfoques que no siempre coinciden. El gran número de versiones de la tradición oral se debe a la necesidad de dar respuesta a cada comunidad. Cada poblado requería de su relato, de su propia versión que, dentro del perfil general, conservara elementos característicos similares.

¹ *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, prólogo y traducción del maya de Antonio Méndiz Bolio (BEU, 21), UNAM, México, 1973, 194 pp.

Los relatos míticos

Para reflejar la creencia de una realidad que los sobrepasaba, los hombres mesoamericanos tuvieron que recurrir a símbolos y mitos que hacían eco de las inquietudes sobre la creación, el origen del mundo. Claude Lévi-Strauss “observa que el mismo dispositivo mental está en todas las versiones de un mito. Su misma diversidad es la que permitía extraer su estructura común”.² Así, pues, encontramos un derroche de mitos sorprendentes, pero unidos por un común denominador. En estos relatos

el mito trata de dar respuesta a fenómenos que siempre han preocupado al hombre. Basado en mecanismos mágicos causales que le permiten desarrollar una explicación, crea seres sobrenaturales que lo ayudarán en la ansiada búsqueda. Surge el mito como respuesta.³

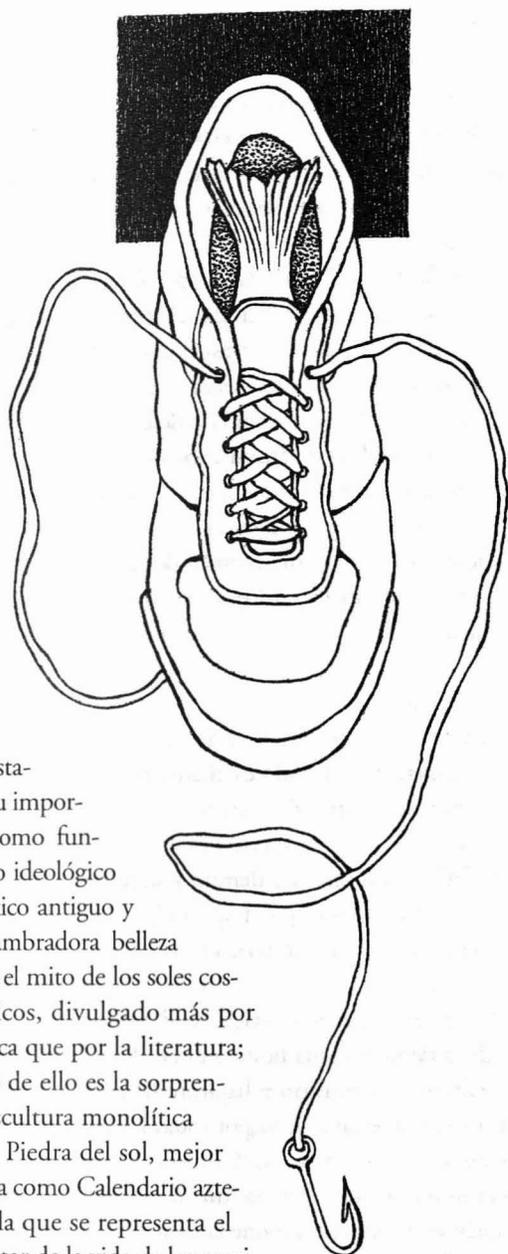
El mito adquiere enorme sentido porque da solución a las interrogantes presentadas por la comunidad. La influencia que ejercen los mitos en la vida social y política de los pueblos alcanza límites inusitados, ya que no sólo actúa verticalmente —el hombre y la divinidad— sino horizontalmente —el hombre en relación con los otros hombres a los que aglutina y contagia la misma fe—. Por ello los mitos han sido la levadura de los grandes movimientos sociales.

Mitos mesoamericanos

Si el mito es la representación simbólica de un misterio por medio de analogías, los mitos mesoamericanos de la creación del mundo eligen con preferencia *lo cósmico* —elementos de la naturaleza— y *lo zoomorfo* —monstruos mitológicos.

² Citado por Dan Sperber en *¿Qué es el estructuralismo?*, Lozada, Buenos Aires, 1971, p. 204.

³ Eduardo Matos Moctezuma, *Muerte a filo de obsidiana. Los nahuas frente a la muerte*, Sepsetentas, México, 1975, p. 43.



Destaca por su importancia como fundamento ideológico del México antiguo y su deslumbradora belleza cósmica el mito de los soles cosmogónicos, divulgado más por la plástica que por la literatura; ejemplo de ello es la sorprendente escultura monolítica llamada Piedra del sol, mejor conocida como Calendario azteca,⁴ en la que se representa el mito rector de la vida de los mexicanos. Para la ideología náhuatl el mundo había existido no una vez, sino cuatro veces consecutivas; es decir, hubo cuatro creaciones del mundo, cuatro soles (como los llamaban los aztecas) anteriores a la era actual, la del quinto sol. Estas edades o soles terminaron por causa de cataclismos identificables con los cuatro elementos primordiales de la naturaleza: agua, aire, fuego y tierra. En efecto, cada edad terminaba con un desastre, cada sol era destruido cíclicamente por una catástrofe natural. Ahora bien, el hecho de que los antiguos mexicanos llamaran a estos soles de agua, aire, fuego y tierra respectivamente, no quiere decir que estuvieran formados de estos elementos, sino que la destrucción de cada sol era provocada por alguno de ellos. Según los *Anales de Cuauhtitlán*

⁴ El monolito fue descubierto en 1790, en la Plaza Mayor de México (Zócalo). En 1964 la Piedra del sol fue colocada en la sala central del Museo Nacional de Antropología e Historia. La piedra fue esculpida en tiempos de Axayácatl y dedicada a la principal deidad cósmica, el sol.

la primera edad terminó por inundaciones, por ello se llamó *Atonatiuh* (sol de agua); en la segunda, el cielo se hundió y la tierra se llenó de tinieblas, *Ocelotl tonatiuh* (sol de tigre); en la tercera, todo terminó bajo lluvia de fuego, *Quiyauhtonatiuh* (sol de fuego); en la cuarta, por fuertes vientos, *Ecatonatiuh* (sol de viento). La quinta edad, época actual, fue llamada *Olintonatiuh* (sol de movimiento), temblor de tierra, creación que terminaría con fuertes terremotos.⁵ Los mexicanos temían que el sol no apareciera y el mundo se acabara, lo que trataron de evitar con el derramamiento de sangre humana, el sacrificio cruento de los hombres, para dar vida al astro y permitir que éste siguiera su curso en el espacio celeste. El mito contenía un mensaje y una respuesta: los aztecas se hicieron responsables de la vida del sol.

En el trasfondo del mito de los soles aztecas está la creación del mundo, su renovación y conservación. La sucesión en el tiempo de los soles cosmogónicos determinaba el proceso cíclico de las edades del mundo. Las sucesivas creaciones y destrucciones de los soles míticos simbolizaban la evolución y la génesis del universo. El proceso de los orígenes del mundo databa de milenios atrás.⁶

El grandioso combate cósmico de las deidades mayas de Yucatán, los *Oxlanhum ti ku* (dioses trece o nueve dioses), señores del cielo, contra los *Bolon ti ku* (Dios nueve o nueve dioses), señores del inframundo, se relata en el *Libro de Chilam Balam de Chumayel*.⁷ Los *Bolon ti ku*, fuerzas del mal, roban a los poderes celestes su "Serpiente de vida, con los cascabeles de su cola, y con ella, fueron cogidas sus plumas de quetzal".⁸ Al faltarles el espíritu vital, Canhel, los dioses del cielo se derrum-

⁵ *Anales de Cuauhtitlán*, en *Códice Chimalpopoca*, UNAM, México, 1975, p. 5.

⁶ Dada la trascendencia del mito de los soles para la vida de los antiguos mexicanos, no es de extrañar la multiplicidad de relatos de la tradición oral que pasaron luego a ser relatos coloniales. Dice Miguel León-Portilla: "Pasan de diez las crónicas y anales donde se encuentra esta narración, aunque con diversas variantes por lo que al número y orden de los soles se refiere" (en *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, UNAM, México, 1974, p. 100). Roberto Moreno de los Arcos en su artículo "Los soles cosmogónicos" (en *Estudios de cultura náhuatl*, vol. VII, UNAM, México, 1967, nota 20, p. 187) cree que el número de versiones puede ampliarse otras "ocho más".

Cabe destacar el orden cambiante de los soles, lo que implica diferente ordenamiento del mundo.

En cuanto al número de soles, la mayoría de los relatos hablan de cuatro. En el citado estudio dice Moreno de los Arcos: "Verdad es que unas veces nos hablan los cronistas de cuatro soles y otras de cinco; pero todo se concuerda si se cuida de distinguir las diferentes épocas. Cuatro eran los soles para los toltecas y cinco para los mexicanos: claro es que el paso del cuarto al quinto sol debe de haber sucedido en la época que medió entre el imperio tolteca y el mexicano."

Los *Anales de Cuauhtitlán* señalan el "quinto sol", documento escrito que coincide con la Piedra del sol. Sahagún, que no recoge el mito en su *Historia general de las cosas de Nueva España*, sí menciona el "quinto sol", al que dio vida el sacrificio de Nanahuatzin, el dios buboso que se arrojó al fuego y se convirtió en el sol (Libro VII). Estas variantes, que no impiden la consolidación del mito, sí multiplican la visión imaginativa y la ficción literaria.

⁷ *Libro de Chilam Balam de Chumayel*, pp. 62-63.

⁸ *Idem*.

baron: “fueron cogidos los Trece dioses por los Nueve dioses, y llovió ceniza y cayeron árboles y piedras”.⁹ Sobreviene la destrucción del mundo, pero de inmediato entran en acción los cuatro bacabes, dioses de los rumbos cardinales y sostenedores del cielo, quienes crean un mundo nuevo: “Entonces los cuatro bacab lo nivelaron todo.”¹⁰ Y, como señal de estabilidad de la nueva creación, “se levantó la gran Ceiba, en medio del recuerdo de la destrucción de la tierra”.¹¹ Este mito de la literatura maya yucateca coincide con el azteca de los soles en el robo de los dioses por el predominio del poder, la inevitable catástrofe al finalizar cada ciclo temporal y la destrucción y la creación del mundo.

* * *

La aparición de monstruos fabulosos y delirantes en la mitología prehispánica es otra presencia portentosa, impresionante por su fuerza plástica e imaginativa y por los puntos de contacto que presenta con las cosmogonías orientales. Muestra de ello es el mito del lagarto Cipactli, sobre cuya espalda fue creado el mundo. Thompson explica que “en el altiplano mexicano se tenía la creencia de que la tierra estaba sobre el dorso de un cocodrilo que flotaba en un enorme lago o mar. Las representaciones son comunes en el arte mexicano”.¹² En la “Historia de los mexicanos por sus pinturas” se recoge la siguiente versión de la creación de la tierra. Quetzalcóatl y Huitzilopochtli por encargo de otros dioses hermanos suyos, todos hijos de Tonacatecutli y Tonacihuatl, decidieron crear la tierra: “Y luego criaron los cielos, allende del treceno, e hicieron el agua y en ella criaron a un peje grande, que se dice Cipactli, que es como caimán, y de este peje hicieron la tierra, como se dirá.”¹³

Este relato habla de una masa acuosa como manantial de todo lo creado. Cabe recordar que en las cosmogonías del antiguo Oriente, que son, ante todo, teogonías —es decir, que tratan de explicar primero el origen de los dioses a partir de una masa acuosa indiferenciada y abismal, para luego relatar el origen de los seres en general y, finalmente, del hombre— también se habla de la existencia inicial de un agua primitiva. En efecto, en el *Poema de la creación o Enuma elish* se habla de dos principios eternos coexistentes: las aguas dulces de los ríos (*apsû*) y las aguas saladas marinas (*tiamât*).¹⁴ Las cosmogonías egipcia y fenicia hablan de la preexistencia de una masa acuosa arcillosa en la que existían los gérmenes

de todas las cosas. En la “Historia de los mexicanos por sus pinturas” se encuentra otro texto que habla de la creación de la tierra, esta vez no hecha por dos hermanos, sino por cuatro: “Después, estando todos cuatro dioses juntos, hicieron del peje Cipactli la tierra, a la cual dijeron Tlaltecuctli, y píntalo como dios de la tierra, tendido sobre un pescado, por haberse hecho de él.”¹⁵

En el *Libro de Chilam Balam de Chumayel* se recoge otra versión de la creación del mundo: el apareamiento del lagarto celestial con el lagarto terrestre que dará origen al nacimiento de la tierra.¹⁶ Uuc Chemal, el que fertiliza el maíz verde que crece siete veces, bajó desde la séptima capa del cielo y “pisó las espaldas de Itzam-cab-Aim”,¹⁷ el gran cocodrilo que simboliza la tierra. Uuc Chemal que vivía en la cúspide de la pirámide celeste, e Itzam-cab-Aim, el lagarto primordial que flotaba en la laguna, son las dos partes antagónicas del universo. La descripción del pasaje es de gran riqueza poética e imaginativa:

No se había alumbrado la tierra
No había sol, no había noche, no había luna.
Se despertaron cuando estaba despertando la tierra.
Y entonces despertó la tierra,
en ese momento despertó la tierra.
Infinitos escalones de tiempo y siete lunas más
se contaron desde que despertó la tierra,
y entonces amaneció para ellos.¹⁸

En la “Historia de México” se da otro relato de la creación de la tierra, el de la bestia salvaje, Tlaltecuctli. Los dioses Quetzalcóatl y Tezcatlipoca bajaron del cielo a la diosa Tlaltecuctli, “la cual estaba llena por todas las coyunturas de ojos y de bocas, con las que mordía como bestia salvaje”.¹⁹ Esta diosa caminaba sobre el agua “que no saben quién la creó”.²⁰ También este relato presupone la existencia del agua, anterior a la creación de la tierra. Al ver esto, los dioses se dijeron: “Es menester hacer la tierra.”²¹

Y esto diciendo, se cambiaron ambos en dos grandes serpientes, de los que el uno asió a la diosa de junto a la mano derecha hasta el pie izquierdo, y el otro de la mano izquierda al pie derecho.

Y la apretaron tanto, que la hicieron partirse por la mitad, y del medio de las espaldas hicieron la tierra y la otra mitad la subieron al cielo, de lo cual los otros dioses quedaron muy corridos.²²

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 63.

¹¹ *Idem.*

¹² J. Eric S. Thompson, *Historia y religión de los mayas*, México, Siglo XXI, 1975, p. 268.

¹³ “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e historia de los mexicanos*. Tres opúsculos del siglo XVI, cap. II, núm. 22, p. 25.

¹⁴ *Biblia y legado del antiguo Oriente. El entorno cultural de la historia de la salvación*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1977, p. 6.

¹⁵ “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *op. cit.*, p. 26.

¹⁶ “Libro de los antiguos dioses”, v.

¹⁷ *Ibid.*, p. 64.

¹⁸ Agrupo rítmicamente este texto que en el *Libro de Chilam* va en prosa.

¹⁹ “Historia de México”, en *Teogonía e historia de los mexicanos*, p. 108.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² *Idem.*

Sorprendente es la similitud de este texto con el de *Enuma elish*, el poema babilónico de la creación, en el que Marduk, dios de Babilonia, vence a Tiamat, la divinidad primordial, la creadora de todas las cosas, y después de “matar a la madre de la totalidad”, la parte en dos mitades como si fuese un pescado; de una hizo el cielo, y de la otra la tierra”.²³

El mito de Tlaltecútl se despliega en una bella alegoría poética de la creación del mundo, traslado de la vida corporal a la cósmica, metáfora de la naturaleza. Y así los dioses, de los cabellos de la diosa crean árboles, flores y plantas; de su piel, la hierba menuda y las florecillas; de los ojos, pozos, fuentes y cuevas; de la boca, ríos y grandes cavernas; de la nariz, valles y montañas. Esta entrega que hace Tlaltecútl de ella misma como materia prima para la creación de la tierra implica la necesidad de renovación. La diosa exigía a cambio la donación cruenta por parte de los hombres. “Esta diosa lloraba algunas veces por la noche, deseando comer corazones de los hombres, y no se quería callar, en tanto que no se le daban, ni quería dar fruto, si no era regada, con sangre de los hombres.”²⁴

En esta exigencia de sangre humana, el mito de Tlaltecútl coincide con el de los cinco soles cosmogónicos.

La palabra creadora del mundo

En la literatura maya de Yucatán y en la quiché de Guatemala hay versiones del mito de la creación del mundo que se apartan de las visiones cosmogónicas y de la delirante zoología de monstruos y animales fabulosos. En esa literatura, la creación del mundo alcanza un nivel más espiritual pues se supone que se produce por la palabra de los dioses. De la voluntad a la acción, del sonido al acto. El *Libro de Chilam Balam de Chumayel* recoge dos tradiciones de este tipo, análogas al *Popol Vuh*. Los dioses van creando todas las cosas de la nada: “Del abismo nació la tierra, cuando no había cielos ni tierra”.²⁵ En otro pasaje se narra la creación del mundo por el poder de la divinidad. En un relato con puntos de coincidencia con el Génesis se proclama que el Dios trascendente y único crea el mundo por el poder de su voluntad libre y todopoderosa, por su palabra omnipotente: “Todo fue creado por Nuestro Padre Dios, y por su Palabra; allí donde no había cielos ni tierra estaba su Divinidad, que se hizo una nube sola por sí misma, y creó el universo. Y estremeció los cielos su divino y grande poder y majestad.”²⁶

En el *Popol Vuh*, el relato de la creación del mundo coincide en algunos aspectos con la narración bíblica. Del caos al orden. De la nada al ser. Los dioses crearon todas las cosas en el tiempo y en el espacio cuando “la tierra se hallaba su-

mergida dentro del agua”,²⁷ cuando no había nada que estuviera en pie, “sólo el agua en reposo”.²⁸ Los dioses eran los únicos seres vivientes y decidieron crear el mundo: “Grande era la descripción y el relato de cómo se acabó de formar todo el cielo y la tierra, cómo fue creado y repartido en cuatro partes [...] cómo fue dicho por el Creador y el Formador.”²⁹

Tzacol y Bitol, el padre y la madre de la vida. Todo se hizo por parejas, lo que nos lleva a la concepción dualística de la creación, propia del pueblo quiché. Y en progresión ascendente par, a lo cuaternario y hasta octogonal. Los objetos creados por los dioses fueron siempre pares: “brotaron juntos los cipresales y los pinares”;³⁰ “nuestra obra, nuestra creación está terminada”.³¹

El dualismo constituye el despliegue intelectual y teológico del pensamiento de los indios quichés. Sobre el fundamento dual la mente quiché multiplica por dos. Así, el cosmos está dispuesto en cuatro partes, los cuatro puntos cardinales. La acción de los dioses está señalada cuaternamente: “como fue formado y repartido en cuatro partes”.³² La estructura del mundo repercutió en la vida social. Los creadores y formadores del mundo establecieron los modelos geométricos, astronómicos y rituales que, desde entonces, han seguido los sacerdotes y los agricultores para dar forma cuadrangular a su territorio, a sus milpas, a sus plazas, y a sus templos y altares. El pueblo maya-quiché se atuvo con constancia al modelo cuadrangular del mundo, concepto esencial de su cosmogonía.

Hay verbos que destacan en el relato. La creación se hace por medio de la palabra de los dioses: “¡Hágase así! ¡Que se llene el vacío! [...] ¡Tierra!, dijeron, y al instante fue hecha.”³³

Mitología y religión

El pueblo tenía fe ciega en los mitos, y éstos contribuyeron en forma decisiva tanto a su esplendor como a su decadencia. Es evidente la sagaz vinculación de estos mitos con la estructura social, así como el establecimiento de sistemas asociativos entre los mitos y las sociedades que los crearon. Los mitos reflejaron las secretas esperanzas de los pueblos y sirvieron para revelar los fines ocultos y políticos que la sociedad perseguía con la propagación de tales creencias. La mitología, estrechamente unida a la religión, deviene otro de los elementos vitales de las culturas prehispánicas.

La creación del mundo es una constante de los relatos prehispánicos. El pueblo creía ciegamente en estos mitos,

²⁷ *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*, traducidas del texto original con introducción y notas de Adrián Recinos (CP, 11), Fondo de Cultura Económica, México, 1974. Véase “Preámbulo”.

²⁸ *Idem*.

²⁹ *Ibid.*, “Preámbulo”.

³⁰ *Ibid.*, cap. I.

³¹ *Idem*.

³² *Ibid.*, “Preámbulo”.

³³ *Ibid.*, cap. I.

²³ *Biblia y legado del antiguo Oriente*, p. 7 (véase nota 14).

²⁴ En *Teogonía e historia de los mexicanos*, p. 108.

²⁵ “Libro de los espíritus”, VI de *Chilam Balam de Chumayel*, p. 73.

²⁶ “Libro del mes”, IX, p. 101.

que consideraba divinos, y buscaba que en los orígenes del mundo estuvieran presentes sus deidades. El origen del mundo se atribuye a los dioses, por ello es divino. Los mitos mesoamericanos de la creación del mundo pueden encauzarse en tres modalidades diferentes: primero, los cosmogónicos (los soles aztecas y las luchas cósmicas); segundo, los zoomorfos (monstruos mitológicos, lagartos y cocodrilos) de gran valor plástico e imaginativo, semejantes a los de las cosmogonías orientales. La otra modalidad, la más racional y espiritual, más en consonancia con la Biblia es la de los relatos de *la creación del mundo en virtud de la Palabra creadora*, todopoderosa, omnipotente: los dioses dijeron: "Hágase. Y la tierra se creó."³⁴

Los dioses creadores quedan admirablemente tipificados en los mitos. La mitología parece identificarse con la religión mesoamericana, y la religión con la mitología.

El politeísmo se manifiesta en todos los relatos. La proliferación de las divinidades mitológicas matiza los mitos con infinita variedad. Los dioses aparecen unidos en su afán creador y luchan en equipo por lograr su intento. Otras veces combaten entre ellos para ser los creadores. Las catástrofes que provocan los dioses alteran la vida del mundo. Las sucesivas creaciones fueron destruidas por desastres naturales. Las destrucciones y las creaciones se producen cíclicamente dando lugar a distintas edades y eras del universo. Mundo dinámico de vida y movimiento, el fin de un ciclo era el comienzo de otro nuevo; todo propiciaba la evolución y el cambio.

Los dioses pueden cambiar de especie cuando así conviene a sus fines; se transforman en seres cósmicos o animales, así nace el mundo. Lo divino se hace terreno: "Y allí se hizo tigre"; o lo divino pasa a ser cosmos: los dioses se hacen soles. Las metamorfosis son frecuentes y mágicas.

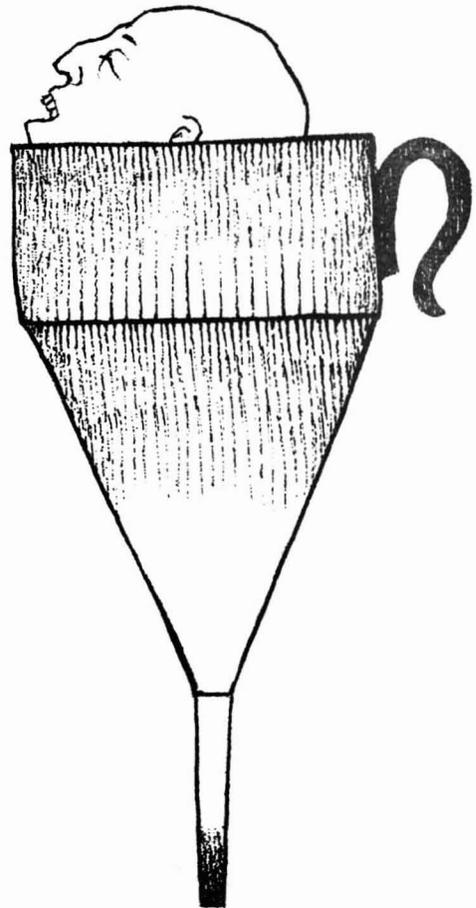
Las deidades eran seres violentos, ambiciosos de poder y dominio. El vencedor en la lucha cósmica pasaba a ser el dios de turno en la nueva edad. Para conseguir sus objetivos, el poder y el mando, los dioses destruyen a su adversario sin ningún reparo. Las luchas entre dioses crean las edades cósmicas y el tiempo. La creación del mundo era rotativa, tal es el caso de los soles aztecas.

Incapaces de crear una obra perfecta, los dioses realizaban trabajos defectuosos e incompletos. La creación no puede hacerse de una vez; es preciso realizar varias tentativas; la imperfección deviene uno de sus atributos. Los dioses, lejos de ser todopoderosos, eran débiles.

La divinización se extiende a todas las fuerzas de la naturaleza. Todos los elementos naturales eran adorados; el sol, la luna y las estrellas pasaban a ser dioses. La recurrencia al mundo natural era constante para crear mitos y divinidades. Toda la naturaleza era animada, vivificada, endiosada por los espíritus y coincidente con lo mágico; religión cósmica en la que no se hacía diferencia entre la naturaleza y los dioses. Los dioses eran la naturaleza y la naturaleza los dioses.

La concesión de la vida, los frutos, las milpas, el agua y el calor, no era desinteresada; los dioses exigían dones a cambio. Renovar la creación exigía el tributo de la sangre de los hombres. La creación no era gratuita sino plena de exigencias por parte de los dioses.

Literariamente hablando, los mitos de la creación representan una formidable aportación imaginativa; son la representación de mundos fascinantes para el arte y la cultura. Como religión, carecen de bases teológicas. Simplemente conforman una cosmología, mejor dicho, una cosmología; la adoración de la naturaleza identificada con los dioses. Los relatos carecen de la noción de trascendencia de un dios creador como ser único, divino, que todo lo crea al servicio de un designio concreto suyo. Los astros, lejos de ser seres divinos que pueden influir en la vida de los seres humanos son meras luminarias al servicio del hombre para que éste pueda determinar



las estaciones del año y los ciclos agrícolas que siguen el orden regular de días y noches impuesto por el mismo dios.

La insistencia en recurrir a lo sobrenatural en los orígenes de la creación del mundo, la recurrencia a lo divino, acentúa el carácter profundamente religioso de los pueblos mesoamericanos. Pero ahí está lo trágico. Buscaban la divinidad y tropezaron con una cosmología. ♦

³⁴ *Idem.*